

# Niño Negro

Viglietti • Acosta



Viglietti, Nicolás

Niño negro. - 1a ed. - Córdoba : el autor, 2015.

194 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-33-8171-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Fecha de catalogación: 15/07/2015



**Contamusa**

[www.editorialcontamusa.com.ar](http://www.editorialcontamusa.com.ar)

[facebook.com/contamusa](https://facebook.com/contamusa)

Andrés Acosta:

[www.artstation.com/artist/karnevil9](http://www.artstation.com/artist/karnevil9)



HOLOGRAMA

Corrector Matías Zanetti:

<http://hologramacomics.com.ar/>



Esta obra está publicada bajo la licencia Creative Commons Atribución-  
NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional. Esta licencia permite copiar,  
compartir, distribuir, exhibir, modificar y crear a partir de la obra de modo no  
comercial, bajo la condición de reconocer a los autores y mantener esta licencia  
para las obras derivadas. [creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es)

# Niño Negro

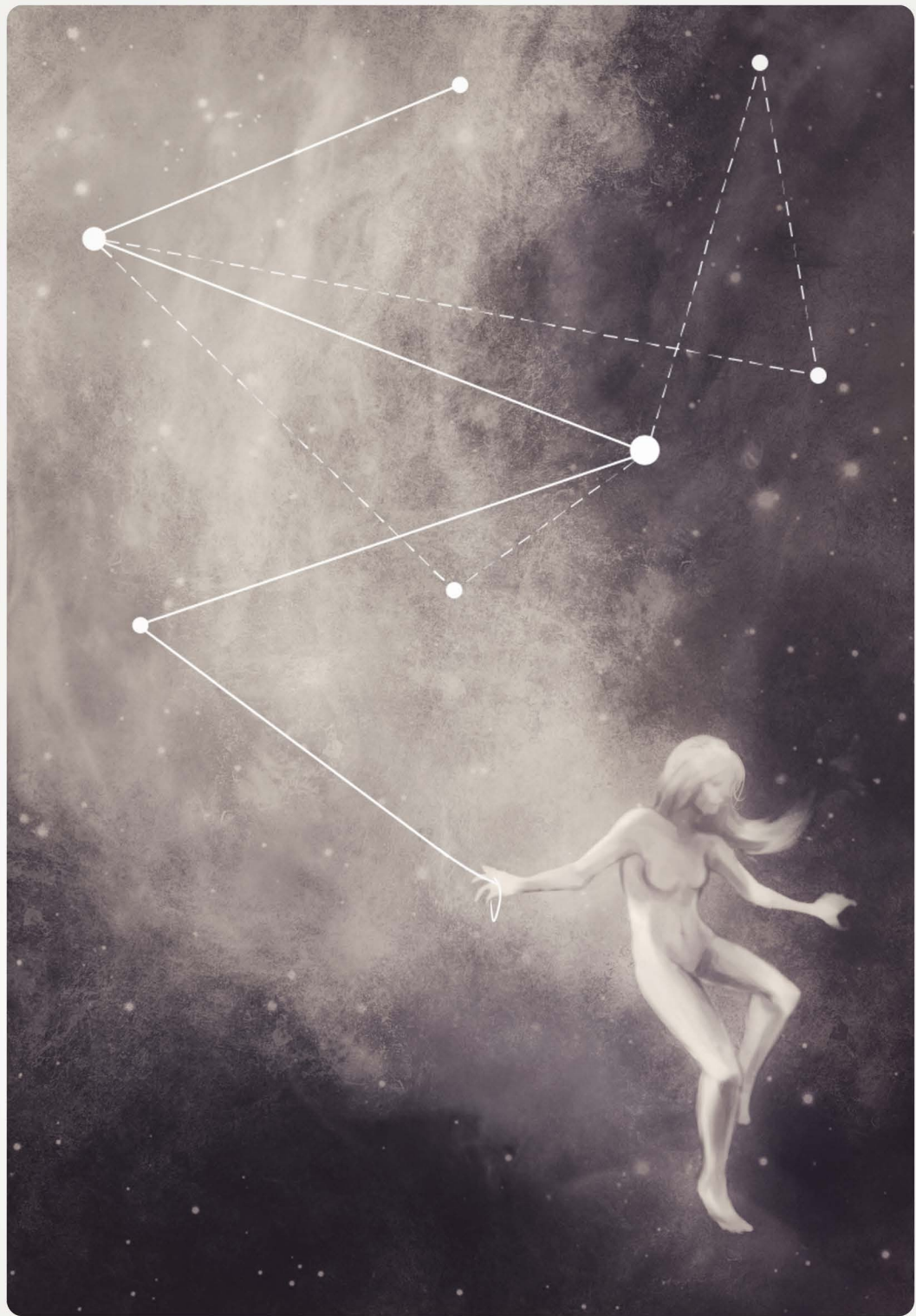
Escrito por Nicolás Viglietti  
Ilustrado por Andrés Acosta





Hay dos cuestiones que ningún navegante debe dudar jamás;  
Quién es y dónde está en ese momento.

—*Viajes Interestelares, Seccional de Normas, párrafo XXXII*



# LA ENANA BLANCA

## -Capítulo 5-

Pasar de examinar fenómenos universales a mirar los pocos planetas donde el Niño Negro encontraba vida, fue también pasar de empezar a cuestionar cosas básicas respecto al vacío sin color ni sustancia en el que flotaba a preguntarse respecto a otros seres, otras entidades inteligentes, otras formas de vida que pudiera mirar, oler, sentir y, sobre todo, lamer. No le interesaban las formas de vida al principio, y prefería la soledad y el mutismo del espacio. Sin embargo, las formas de vida parecían interesarse en él. Tras el encuentro con el Cometa parlante, empezó a preguntarse si había algo malo en él.

Es decir, recién entonces se percató del hecho de que todas esas criaturas que se había encontrado hablaban en comunidad, como si hubiese más de ellos, como si existir en multiplicidad fuera

normal, natural. Y él jamás había conocido a otro como él; de hecho, no tenía recuerdos del comienzo de su vida, ni siquiera sabía si era un individuo abandonado o el único de su clase.

Esta duda había sido pequeña al principio, pero ahora empezaba a agrandarse con cada movimiento y cada nueva experiencia. Cada vez se convencía más de que había pasado mucho tiempo inmóvil, sin vida, sin inteligencia, como cualquier planeta o estrella, flotando sin tener nada que hacer ni preocuparse; y entonces, de un día para el otro, sin saber muy bien porqué, la vida se había encendido en su pecho y lo había forjado en la forma de un niño, dándole el carácter que tenía ahora. Y con la vida vino la inteligencia, y con la inteligencia, la curiosidad.

Fue en este punto de su viaje que empezó a buscar pueblos inteligentes de los que oír, aprender y, sobre todo, a los que lamer. Su lengua tan larga tenía que tener alguna función precisa; haber probado a la Flor Cósmica en un espectro tan amplio era prueba de ello.

Buscando y buscando logró encontrarse con un pueblo que merecía un lugar aparte en su historia. Primero encontró un planeta gigantesco, habitado por una raza de seres similares a tortugas de tres cabezas, pero no eran inteligentes y siguió camino. Luego encontró, en una de las lunas de un sistema de estrella doble de un planeta completamente muerto, un solo ser que se pasaba el tiempo dándole la vuelta a la luna, desesperado, como si estuviera apurado o hubiese perdido algo. Encontró la razón de tan extraño comportamiento; la luz de los soles le hería pero la sombra de la pequeña luna lo helaba, por lo que alternaba quemarse con helarse para poder sobrevivir.



El tercer planeta es el que necesitaba una explicación aparte. Era un planeta más o menos chico, donde florecían hermosas plantas de hojas anchas y gomosas, bañadas siempre por una fina capa de rocío. El planeta todo estaba cubierto por esa vegetación, exceptuando unas cuantas formaciones rocosas, similares a montañas en las que las plantas no podían prender sus raíces. Tanto entre las plantas como en las montañas encontró unos seres pequeños, más o menos de su tamaño, que lamían el rocío de las hojas y andaban de un lado para el otro emitiendo ruidos agudos y juguetones. No parecían andar vestidos, no respiraban ni tampoco se les distinguía unos de otros; apenas unas variaciones del tamaño y el color de los tres ojos que tenían.

En otra parte del planeta encontró unos seres iguales a estos, pero mucho, muchísimo más grandes, que se movían mucho más lento y no lamían el rocío, sino que devoraban directamente las plantas. Las regaban de vez en cuando con sus gigantescas manos, de lo que salía algo similar a un sudor grisáceo que parecía nutrirlas; además, las replantaban para no agotarlas. No podían moverse mucho ni demasiado rápido, y si bien había variaciones en el tamaño, no eran demasiadas. El gigante más grande que encontró era más o menos de quince veces su tamaño, y apenas si se movía. Sus tres ojos no despedían el brillo que despedían los otros.

Además, la piel de estos gigantes también estaba algo afectada; no sabía si era por comer plantas o por qué, pero su piel tenía color, mientras que la de los pequeños o regulares era una piel monocroma, blanca o negra. Los gigantes coloridos tenían diferentes tonalidades, todas diferentes.

Sin entender muy bien del todo, el Niño Negro descendió hasta donde estaban los pequeños, cuyos ojos chispeaban de alegría,

y se comunicó telepáticamente con el más cercano. Como había bajado con presteza, no le había visto nadie, y el pequeño se sorprendió mucho de verlo, todo negro y con su pelo largo ondeando detrás, saludándolo de una manera austera pero gentil en su propia mente.

Las mentes no tienen idiomas, y por eso la telepatía era la mejor manera de comunicarse. El pequeño llamó a sus compañeros con un chillido simpático y agudo, y el Niño Negro estuvo pronto rodeado de estos diminutos seres que no se atrevían a tocarlo pero parecían felices de verlo. Pronto se dieron las introducciones y supo que ese pueblo se llamaba a sí mismo los Kelps, un pueblo relativamente chico que vivía, precisamente, del delicioso rocío que había en las hojas de esas plantas que poblaban todo el planeta, que de hecho no era rocío sino una especie de miel natural que emanaba de las hojas. Ellos tenían en su saliva un nutriente natural para la planta, entonces la planta también crecía y se alimentaba de ellos. Todos vivían en gran felicidad entre juegos y canciones que se cantaban los unos a los otros.

Entonces el Niño Negro, que no sabía muy bien cómo presentarse porque no sabía qué era, preguntó sobre los gigantes coloridos que había visto en otra zona del planeta. El que parecía hablarle siempre en la cabeza echó una mirada sobre sus hermanitos y luego le dijo:

—Ellos son los Solitarios. Cuando uno de nosotros no consigue pareja, luego de un determinado tiempo comienza a comer las plantas, y comer las plantas les tiñe la piel. A la larga un Gigante puede conseguir una pareja Gigante, y vuelve a ser como nosotros, Los que Juegan. Si no, seguirán creciendo y creciendo, grandes en su soledad, hasta que pasen a formar parte del planeta como todos—

El Niño Negro miró hacia abajo y vio varios estratos de colores de tierras, todos amarronados, de tonos sepia y chocolate; se imaginó que ese planeta estaba formado de cadáveres de gigantes y eso lo estremeció un poco. No se extrañó de que Los que Juegan hablaran de parejas cuando eran evidentemente asexuados; el Niño también era un poco asexuado y no conocía la dualidad de los sexos. Simplemente le causaba curiosidad saber cómo era que alguien no podía conseguir pareja, ya que Los que Juegan parecían muchos, muchísimos.

El que le hablaba le contó que a veces, solo a veces, la anatomía de alguno de ellos rechazaba la del otro. Cada uno de ellos tenía la chance de elegir una y solo una pareja, para luego poner el huevo del que salía una planta y Uno que Jugaba; ambos eran más o menos lo mismo; la planta era lo que quedaba del huevo roto, y El que Jugaba salía de una especie de capullo verdoso y lleno del dulce néctar—rocío, su banquete de bienvenida a la vida.

Al Niño Negro le extrañó, entonces, que hubiesen tantísimas plantas cuando había muy pocos pequeños; pero El que Jugaba le explicó que ellos practicaban la poligamia, como si fuese la respuesta más evidente. Como el Niño Negro parecía no comprender y el pequeño vio la dificultad del otro con sus tres ojitos, le tomó de la mano con confianza y lo llevó a mirar cómo era que ellos se unían.

Pudo ver una pareja de estas criaturas pequeñas, que se tomaban primero de una mano y luego de la otra, para caminar hacia el otro, con movimientos idénticos y como si estuvieran frente a un espejo. La materia de la que estaban hechos se fundía en un solo ser, en uno pequeñito y más claro que el anterior, y sonreía con felicidad. Cuando el Niño Negro comprendió que ellos se unían literalmente y se encogían, se dio cuenta el por qué de tantas plantas y tan pocos de ellos.

No podía saber o entender bien por qué se empequeñecían, ya que si más materia se unía a un cuerpo, lo más lógico era que creciera. Por el otro lado, los Gigantes Solitarios que jamás se habían unido eran los que crecían.

El Niño Negro preguntó por qué los Gigantes tenían que comerse la planta entera, aunque sospechaba la respuesta. El que Jugaba le dijo que era porque sus cuerpos estaban vacíos, que se inflaban con el correr del tiempo como un globo, vacíos por dentro y firmes por fuera; necesitaban algo con qué rellenar la falta de la pareja, y generalmente sucumbían como una cáscara vacía para seguir agrandando el planeta. Además, replantaban los retoños a falta de no poder plantar huevos. El que Jugaba explicó todo esto con un poco de tristeza en la voz, porque le causaba un poco de melancolía el hecho de que existieran aquellos seres. Era triste.

Pudo ver, a un tiempo, cómo el recién formado ser dejaba un huevo, que amasaba con sus propias manos de su propia barriga, en el suelo; y milagrosamente, el huevo echaba raíces y empezaba a tomar color, de a poquito, desde las raíces a la cáscara propiamente dicha. Le mostraron, además, otros huevos, más grandes y cada vez más parecidos a plantas. Al final, tuvo la suerte de ver el nacimiento de uno de ellos; un huevo realmente grande, verdoso y lleno de nervaduras, como una planta, se abrió y dejó entrever una gran bola del rocío que, ahora que estaba compacto y en gran cantidad, parecía más gelatinoso y menos transparente. De aquella bola salió uno de esos seres, con una gran sonrisa, conociendo por primera vez con sus tres ojos todo lo que le rodeaba.

El Niño Negro tuvo una duda más, pues no veía demasiados pequeños como para que realmente existieran los poligámicos. Además, si cada vez se encogían más y comían menos, debería

llegar un punto en el que pudieran ser bien, bien diminutos. Tampoco le habían hablado de que Los que Jugaban se murieran, como los Solitarios. Preguntó todas esas dudas y El que Jugaba dijo que debía conocer a la Enana Blanca, la más vieja de todos.

La Enana Blanca vivía sola en uno de los montes que ese planeta tenía. Según contaba la leyenda, había empezado a vivir con los primeros de ellos, cuando el planeta era más chico y desolado, y era la que les enseñaba a los que recién llegaban las normas para sobrevivir y todo lo que ellos, Los que Jugaban, debían saber para seguir viviendo. Ellos también perecían, pero no perecían vacíos, huecos y solos, como los Solitarios, sino llenos de una alegría enorme, y fermentaban el suelo en el que crecían nuevos huevos.

Al fin, la Enana Blanca salió a verlo desde una cueva muy pequeña. Era muy diminuta y solamente tenía un ojo reluciente; el Niño Negro podía tenerla en la palma de su mano de lo pequeña que era. Brillaba ligeramente en la soledad de la cueva, y cuando vio al Niño Negro su ojo relució de una manera que nunca nadie había visto antes; entonces, con leves chillidos, como de pájaro, pidió que Los que Jugaban la dejaran sola con el Niño Negro.

Cuando todos se hubieron retirado, la Enana Blanca le regaló al Niño Negro una de las sonrisas más hermosas que vería a lo largo de sus viajes, quedando grabada en su memoria durante mucho tiempo. La voz de la Enana Blanca resonaba extraña en su cabeza, como si fueran muchísimas voces concentradas en una sola. Le dijo que él había llegado a ese planeta porque quería saber qué era y cuál era su propósito. Le contó que ellos, todos los que formaban la Enana Blanca, eran cerca de siete mil. Hacía muchísimo tiempo que vivían ahí y no necesitaban comer ni nada en realidad; y que siete mil mentes tenían mucho conocimiento, por lo que podían ayudarle.

—Vos viniste aquí buscando respuestas, pero no te las puedo dar— le dijo suspicazmente la Enana Blanca —No todavía. Todavía no estás preparado para saber qué sos, ni qué hacés acá. Solamente te puedo decir lo que algunos de Los que Juegan ya notaron en vos.

“Vos sos muy parecido a nosotros, pero no sos como nosotros. Al igual que yo, tenés muchas, muchísimas cosas dentro, muchísimas vidas y muchísimos mundos; están tan adentro tuyo, que probablemente nunca te hayas dado cuenta que estaban ahí. Seguro alguna vez te preguntaste por qué podés sobrevivir en el espacio y por qué para trasladarte solo necesitas desearlo. Todo eso va de la mano con qué sos vos en realidad, pero como te dije, no te puedo decir qué sos porque todavía te falta mucho por ver.

“Por el otro lado, pequeño Niño, no sos igual a mí, porque vos sos negro y grandote cuando yo soy blanca y chiquita. Somos similares, pero no iguales. Es la única pista que te puedo decir por ahora. Nosotros nos encogemos para estar más cerca los unos de los otros, inclusive cuando nos unimos. Debes preguntarte porqué no te encoges, o si lo has hecho alguna vez.—

El Niño Negro se sintió sereno por primera vez en mucho tiempo. La Enana Blanca purgaba de dudas su cabeza sin ningún problema, y él agradecía el gesto. Por último, ésta agregó:

—Respecto a por qué estás aquí, tampoco puedo decírtelo, pero sí puedo decirte que tu viaje y las cosas que comienzan a crecer dentro tuyo con todo lo que ves, tienen muchísimo que ver con que sepas quién sos. Así que te insto a que sigas viajando para que puedas encontrarte con vos mismo—

El Niño Negro agradeció mentalmente a esa chiquilla. La había

pasado realmente bien entre ellos; eran amables y divertidos, pero de repente el recuerdo de los Gigantes lo asaltó y la mirada melancólica de su interlocutor, unos momentos atrás, le invadió los sentidos y lo hizo sentir realmente triste. La Enana Blanca lo vio, y supo qué era lo que pasaba.

—No pueden hacer nada por ellos, ¿verdad?—

—No— concluyó la pequeña blanca.

—Entonces, ¿por qué siento como si tuviera que hacer algo antes de irme de aquí?—

—Probablemente, mi Niño, porque sientes que has contraído una deuda con nosotros, Los que Jugamos, por haberte recibido tan bien de la nada. O quizás porque sepas que dentro tuyo hay algo que puedes hacer, pero no sabes bien qué.—

Hubo un momento de silencio y luego agregó:

—No puedes hacer nada ahora, así que puedes irte en paz. Puedes volver algún día, e intentar pagar la deuda que asumes con lo que quieras y puedas—

El Niño Negro asintió y comenzó a levantarse, saludando con la mano a todos Los que Jugaban, y a los Gigantes Solitarios que arrancaban plantas para devorarlas con voracidad. Ese planeta había sido raro, pero pacificador. Ahora tenía la sensación de que, de repente, trasladarse comenzaba a tener un sentido cabal, y no simplemente seguir la corriente de su propio capricho.



-Fin del capítulo 5-

Próximo capítulo  
Madre Selva





Contamusa